

María Pascal

## Márgenes de Paul Valéry



**A**NOCHE estuve leyendo algunos versos de la «Jeune Parque», una de las obras de Valéry, que me desconcierta. ¡Qué importa! Hay países y paisajes en que la armonía y la belleza nos penetran y embelesan, antes de que los hayamos habitado o comprendido. Recuerdo que a los doce años, me entretenía leyendo versos de Prudhomme y no los comprendía; ahora los encuentro muy humanos y llenos de profundidad. Quizá algún día me embriagaré del misterio rico y profundo de la «Jeune Parque». No tengo prisa; y además, si en arte no fuera posible amar sin comprender, la vida sería árida y triste, y la razón demasiado exigente.

Valéry, ante todo, es poeta; sus armonías sutiles, su discurso fácil y elegante dentro de la vaguedad, su dibujo puro, el mecanismo mágico de su pluma, hacen funcionar esas potencias excitantes de la vida afectiva, y de la sensibilidad intelectual, que generalmente en el lenguaje cotidiano pasan inadvertidas. Lo curioso es que a una inteligencia crítica como la suya, se asociara tan admirablemente la virtud poética.

Después de ejercitarse en la poesía por varios años, comenzó a escribir en prosa, en sus cartas a Pierre Louys. Evidentemente que la obra escrita a un lector único y determinado, tiene más probabilidades de ser clara, precisa y completamente desligada de literatura. Si pudiéramos leer los miles de cartas de amor y de amistad, que se escriben a diario en un ambiente medianamente culto, nos admiraríamos de su estilo y calidad. Lo que hace el encanto de éstas, es la espontaneidad; y que la preparación (que echa a perder tantas buenas obras), está ausente.

Se escribe a un destinatario conocido, sobre un objeto preciso y un objetivo determinado. Esa voluntad de ejercer una influencia más o menos directa, es lo que anhelan los literatos al tratar de orientar y guiar al lector. En los libros, lo difícil es llenar artificialmente el abismo que separa al autor de los desconocidos. Si el novelista conociese a sus lectores, como uno conoce a quien le escribe, podría prescindir de la necesidad de la preparación, es decir, de ambientar al lector, y entrar directamente en materia. En una palabra, el puente de unión que se establece entre el escritor y el público. Siempre hay ese puente, solamente los pasajeros pueden ser, más o menos numerosos, o más o menos interesados, en ver lo que hay del otro lado!

Hay dos clases de público. El público masa, sobre el cual se requiere producir una impresión fuerte, explotando siempre los mismos puntos; y el público selecto, sobre el cual se desea influir con profundidad, y al

que se necesita ir conquistando uno por uno. Valéry es para el segundo.

Es un ingeniero literario que utiliza todos los recursos del arte. Inventa combinaciones entre el cálculo y la poesía, la lógica y la imaginación.

Para él, el arte de escribir contiene resortes virtuosos, riquezas de composición jamás supuestas, si no desconocidas; ocultas por la noción que tenemos del mecanismo literario, noción vaga y mediocre dentro del barniz de cultura general.

¡Qué lujo de libertad cuando el hombre puede disiparse en las cosas, sin dejarse confundir en sus ideas!

Su dominio es de inteligencia pura. Escribe para rendirse más nítido a sí mismo, para salir de los pensamientos rebeldes que se le escapan, y como usa letras, estas parecen fijar sus ideas y dar la claridad y solución que sólo ellas pueden proporcionar.

Las divagaciones de «Variété» (II), han provocado vivos debates. Leyéndolas se siente mejor la unidad de espíritu del autor, y la continuidad de su esfuerzo mental. ¡Qué potencia cerebral incomparable, combinada a la capacidad de trabajo! Paul Valéry tiene una tendencia, bien natural en una personalidad tan poderosa como la suya, a substituir por sus propios problemas, los de los grandes hombres que retrata. Su retrato de Baudelaire, no es sino un sustituto de sí mismo. «Variété» (II), nos muestra a Valéry como un pensador magnífico, y más que los puntos confirmados en aquello, que son notables, nos interesa el enorme desarrollo es-

piritual, y la figura intelectual del autor. Un gran juego de inteligencia cristalizada en ideas discutibles (como toda idea) nos encanta y nos seduce.

El juego intelectual de Valéry, es uno de los más trascendentales de nuestra época, porque no emplea el método de los filósofos profesionales para expresar sus ideas. Los filósofos definen con precisión, una cantidad de palabras establecidas y todo lo reducen a sistema. Y así llega un momento, en que la realidad concreta, se halla confusamente disimulada bajo un velo espeso de problemas que no tienen ningún contacto con los sentimientos que cada uno lleva consigo.

El método de Valéry es diferente, en ningún momento pierde contacto con lo más real, lo más inmediato, lo más completo. La idea va, incesantemente, de la inteligencia a los hechos y nunca se aventura más allá del margen humano. Valéry se mueve dentro del cuadro de las cosas conocidas, jamás en la metafísica. Mira funcionar al ser humano y nada se le escapa. Es un asiduo estudiante de su Yo, la conciencia absoluta de sí mismo, su afán de conocerse y de dibujar con exactitud su existencia, no le abandona jamás. Le obsesiona el anhelo de llegar al grado máximo de perfección, en la facultad de definirse en forma específica y precisa. Buscar lo que se es, lo que se puede, lo que se quiere, por medio del análisis, y junto a la espontaneidad del poeta, asimila la sagacidad, el escepticismo, la atención y el raciocinio, del crítico. Sin embargo, no se reconoce como hombre de letras, dice que desde el momento que

un principio está reconocido y asimilado por alguien, es inútil perder el tiempo en sus aplicaciones. De aquí se deduce su negación absoluta a toda aplicación literaria.

De tal modo que, después de haberse saturado de literatura, de haberla reducido por análisis a su esencia, de haber estudiado las modalidades de su empleo y adquirido el poder de utilizarlo, Paul Valéry abandonó la partida y renunció a escribir. Si después de veinte años se resolvió a hacerlo en verso, fué exclusivamente para ejercitar su mecanismo intelectual.

Cualquiera que sea el objeto a que se refiera, siempre las mismas orientaciones, una reducción de contingencias y de circunstancias a los elementos más simples, un examen del objeto hasta la depuración, y al final del análisis, una reconstrucción abstracta; y en el momento de la aplicación, Valéry se esquiva dando por razón la inutilidad de toda realización en la existencia. Solamente los poderes, las hipótesis, las posibilidades le interesan. Sistema extraño y difícil de comprender. ¿Su objeto? Sería preciso que Valéry se explicara y nos dijera si se considera un caso excepcional, y su evangelio espiritual, como un resultado positivo.

Desde que el mundo es mundo y los hombres saben pensar, se contradice y ataca como anormal, el renunciamiento a la acción, después de adquirido el conocimiento y el poder. Y esto es, precisamente lo que resume la filosofía de Valéry. No veo sino el resultado de su temperamento. A un sensual que nació preciso, su sensualidad le exige ir a buscar las delicadezas de la

forma. No le conozco personalmente, pero, por lo que se puede deducir de sus obras, es un cerebral de una sensualidad desbordante, combinado con una ausencia de afectividad total. Temperamento corriente en Francia, en el siglo XIX, más raro después. El desbordamiento de la sensualidad, seguido de un poderoso análisis cerebral que la condena, sin un impulso generoso del corazón que sirva de juez, llega fácilmente a esa renunciación absoluta, que es la esencia de Valéry. Rechaza todo lo que sea afecto, en nombre del rigor intelectual. Me gustaría saber la opinión de Valéry sobre el rol de la sensibilidad en la vida humana. Probablemente, él atribuye a la mujer el absolutismo del sentimiento y la vida afectiva, y en consecuencia, escribe para los hombres! Nos choca ver eliminar en una concepción precisa de la existencia, un elemento tan importante como la sensibilidad y el corazón, sobre todo cuando el concepto de la sensualidad se conserva. ¡Combinación extraña de espíritu y de carne, de entusiasmo y de amargura!

El autor de «Mr. Teste», admira a los autores dramáticos y lo que él no puede hacer: escribir novelas. Las intrigas en los libros no le interesan. No le importa sino el sistema viviente, al que todos los hechos afluyen; en una palabra, la intriga interior. Una vez que le pidieron escribiera para un diario, tardó diez días en hacer un artículo que un cronista ejecutaría en dos horas. Tuvo que abandonar el oficio.

Le obsesionan demasiado sus trabajos, sus estudios y sus preocupaciones.

Los novelistas sufren y gozan con sus personajes, Valéry no sabe sufrir sino para sí, no puede inquietarse sino en tratar de conocerse mejor. Y esto le preocupa tanto, y tan intensamente, que no tiene tiempo de quejarse!

Aunque decididamente arrasa con todo sistema establecido, es en esencia un clásico. Como él mismo lo dice al hablar de Baudelaire. «Un clásico es un escritor que lleva la crítica en sí mismo y la asocia íntimamente a sus trabajos».

Su vida es una mezcla de analítica y ensueño. El espíritu del soñador parece un sistema sobre el cual las fuerzas exteriores se anulan, y donde los movimientos internos y la inquietud, le estimulan en sus búsquedas infinitas. Paul Valéry se mueve dentro de un terreno propio. Allí la ciencia y las letras son hermanas y se divierten con los mismos juegos. Sus abstracciones, son compañeras inseparables; habla de ellas, las delinea con un arte sin igual, las expresa dándoles vida como otros pintan un mundo material. Privilegio estupendo que le vale la amistad y la admiración del lector capaz de seguirlo en sus sueños de artista y en sus divagaciones de sabio... y el respeto intimidado de los demás.

Hay dos instintos capitales de la inteligencia. Uno nos incita a solicitar, a obligar a seducir esos espíritus que nos proporciona la casualidad.

El otro, egoísta, nos atrae a la soledad y al aislamiento.

Uno, nos empuja a parecer, el otro nos anima a ser y a confirmarnos en ser. Este es el espíritu de Valéry. «En todo hombre profundo, hay una virtud oculta, que engendra necesariamente un solitario».